

5 SEPTIEMBRE 1492

El silencioso Teide descendía
a la espumosa costa, larga rueda

la orilla de la playa blandamente.
El palmeral en llamas: Torre, lengua.

La barraca da al mar, silente nave
levanta la ventana de la lejanía,

el viento calmo, a franjas, racheado
remonta la bahía, que florece

desmoronada cal quema la cumbre,
el humo que lentísimo voltea

en el patio, la puerca gruñe rosa,
la manzana labrada por el suelo,

las gallinas escarban la terraza,
vuelan alto, detrás la balaustrada.

Aguada que se cumple, cuánto sitia
el estrellado día proceloso,

tiene delante la llanura inmensa,
desalojadas todas las distancias

feraz habitación, la mula sube,
flotan los muebles, silla que se aleja.

El oleaje cuece, arrastraría
nocturna luz el cielo solamente

agrandada la casa, el otro lado,
por debajo, detrás, en el abismo

comienza a verse desde entonces
a quién pertenecía la luz mía.

La lámpara que rueda en mí, tan torpe,
también alumbra lo desconocido.

LAS HORMIGAS DISTINTAS

Hace días que noto las hormigas
muy alteradas. Sinsaber qué pasa.
Hasta que son crecidas como ovejas
que sólo me hacen compañía; rozan.
No caben en mi casa; se amontonan
en las habitaciones, pasillos,
suben a mi escritorio, donde balan
estrepitosas, comen mis papeles
y las convierten en corral. Entera.
Antes de echarlas fuera, de obligarme,
—no sé qué hacer con ellas- trataría
de que entendieran, de domesticarlas
para evitar mayores infortunios.
Pero no caben en mi casa. Ruego,
por mutua conveniencia vuelvan, tornen
a su estado anterior, a reducirse.
Algunas se rebelan, pero hay otras
que me prometen decrecer, al tanto
mientras salgo al periódico. De acuerdo.
De vuelta suelo verlas, fila india
llevándose la miga de este día.